



TRAS LAS HUELLAS DE VALAC

Vicente Castro i Álvaro

TRAS LAS HUELLAS DE VALAC



Primera edición: octubre 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Vicente Castro i Álvaro

ISBN: 979-13-88411-52-6

ISBN digital: 979-13-88411-53-3

Depósito legal: M-24363-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

AGRADECIMIENTO

Puedes crear, soñar y diseñar el lugar más hermoso del mundo, pero necesitas personas que te ayuden a hacer tu sueño realidad. A esos amigos nunca los olvidaré. Ellos no solo contribuyeron con su trabajo y dedicación, sino que también compartieron su entusiasmo y pasión. Juntos superamos desafíos y celebramos logros, creando recuerdos imborrables. Su apoyo y amistad fueron fundamentales para transformar una visión en una realidad tangible. Siempre llevaré en mi corazón la gratitud por haber contado con ellos en esta obra.

Rafael Gabaldón San Miguel: director y editor del diario digital *Manacor Noticias*

Javier Delgado Moya: jefe de la Brigada Científica de Manacor

Jorge Costas Espallargas: Policía adscrito a la Policía científica de Manacor

Vicente Javier Castro Barros: Profesional de la hostelería

Ellos/as estuvieron a mi lado durante cada día que los molesté con mis preguntas. Esa es la verdadera amistad.

¡Muchas gracias, amigos!

Prólogo

En el crisol de la paradisíaca isla de Mallorca, donde el azul profundo del Mediterráneo se funde con la exuberante vegetación, se despliega un thriller que te atraparé desde la primera página: *Tras las huellas de Valac*.

La tranquilidad de Porto Cristo se ve abruptamente interrumpida cuando un joven buceador mallorquín se topa con un cuerpo sumergido en las cristalinas aguas. La noticia llega como un latigazo a la comisaría de Manacor, donde los inspectores Molina, curtido miembro de la UDYCO, y el brillante equipo de la científica, conocida como J&J (liderado por el inspector Javier y el subinspector Jorge), asumen la operación.

¿Quién es la víctima? ¿Qué oscuros secretos se esconden tras este macabro hallazgo? Las preguntas se agolpan en la mente de los investigadores, quienes pronto descubren que una banda de criminales, liderada por el enigmático y despiadado Valac, está involucrada en este escalofriante caso.

El misterio se espesa aún más con el descubrimiento de un llavero junto al cadáver, una pista que podría ser la llave para desentrañar la madeja de intrigas y peligros que se cierne sobre la isla.

Con una prosa ágil y un estilo narrativo que te atrapa desde el primer momento, Vicente Castro i Álvaro nos sumerge en la investigación del denominado caso Tatuaje, donde cada detalle cuenta y cada pista puede ser la diferencia entre la verdad y el abismo.

A medida que la trama avanza, el inspector Javier y su equipo se adentran en una profunda cueva escondida en Porto Colom, don-

de una playa oculta aguarda para revelar sus secretos más oscuros. En este escenario de belleza natural y misterio, los investigadores se enfrentarán a desafíos inesperados y peligros inminentes mientras intentan desenmascarar a Valac y llevar a los culpables ante la justicia.

Tras las huellas de Valac es mucho más que un *thriller* policiaco; es una inmersión en la mente de criminales e investigadores, un viaje a través de los paisajes más emblemáticos de Mallorca y una reflexión sobre la naturaleza humana y la lucha entre el bien y el mal.



Ana Cristina M. Silva,
graduada en Derecho por la Universidad Moderna de Lisboa

Capítulo 1

Cova del Correu, Porto Cristo, mayo de 2024

Tomeu se había levantado temprano con la idea de seguir entrenándose para la competición de pesca submarina. Se asomó por la ventana y vio el mar liso como una balsa de aceite. Se puso solo el bañador, cogió su equipo de buceo, se calzó únicamente unas chancas de goma y salió sin despedirse de sus padres, que seguían acostados. Se encaminó hasta la playa por la calle Bordils.

Al llegar al restaurante Flamingo, viró a la izquierda y siguió su ritual. Descendió las escaleras que conducían hasta la playa frente a las Coves Blanques. Allí, entre los matorrales, dejó sus chancas y, tras empañar las gafas con un vigoroso salivazo, se enfundó las aletas y se sumergió en el mar, ansioso de la soledad que anhelaba.

Con golpes enérgicos de sus aletas, nadó hasta llegar a la Cova del Correu, lugar en el que, desde los diez años, solía tirarse en picado desde las rocas que la cubrían. Comprobó que no hubiera nadie encima de la cueva que pudiera entorpecer su inmersión y que el lugar escogido gozara de una considerable profundidad, y se propuso sumergirse para verificar el tiempo que aguantaba en apnea.

Era plenamente consciente de lo delicado que era bucear en esa zona, tanto por el riesgo que presentaban las numerosas embarcaciones que llegaban al puerto o salían como por no llevar la obligada boya atada a la espalda (señalización obligada para los buzos), pues la falta de esta señal era un peligro más, aparte de la juventud

y la falta de experiencia. La zona que había seleccionado para la apnea, y para pescar algún pulpo, no era nada recomendable para ese pasatiempo, pero él, un gran admirador del célebre buceador José Amengual y con un tridente para la caza de pulpos, disfrutaba de la soledad que ofrecía el deporte de la pesca submarina y la belleza del mar al amanecer.

Durante esa hora temprana de la mañana, la playa se encontraba muy vacía. Solo unos pocos turistas madrugadores chapoteaban en las aún frías aguas del mes de mayo. Tomeu arqueó la espalda y con un potente golpe de aletas se hundió en la fría oscuridad. Los rayos de sol se filtraban a través del agua y dibujaban sombras danzantes en el fondo rocoso. A unos cinco metros, donde la luz empezaba a escasear, divisó una pequeña oquedad que prometía ser el hogar perfecto para un pulpo.

Tomeu, un muchacho de dieciséis años, vecino de Porto Cristo, no buceaba por la pesca. Un muchachote fuerte y bien formado buceaba únicamente por placer. Continuamente miraba su cronómetro para comprobar el tiempo que pasaba en el fondo del mar sin respirar. Había leído mucho sobre la apnea y soñaba con poder emular a José Amengual y llegar a permanecer cinco minutos dentro del agua, el récord de este gran campeón.

Observó al pulpo y, a pesar de que la oscuridad no le permitía percibir con precisión la longitud de sus tentáculos, optó por descender. Mediante el tridente, lo molestó con el fin de alejarlo de la pequeña oquedad en la que se encontraba. Con un movimiento fluido y muy preciso, se impulsó hacia abajo y desapareció en la penumbra que reinaba a cinco metros de profundidad. Buscaba la roca en la que se ocultaba el octópodo.

Al llegar abajo, comprobó, algo molesto, que se le había olvidado pulsar el cronómetro para controlar el tiempo de permanencia en apnea. El pulpo no le importaba. Eso era únicamente la distracción o el aliciente para bajar.

Suspendido en el agua, la gravedad contenida por seis kilos de plomo, activó el cronómetro. Un bulto oscuro que ondulaba leve-

mente captó su atención. El corazón, traidor, se le aceleró ante la posibilidad de un encuentro indeseado. Los pensamientos, veloces como unos peces asustados, le hicieron olvidar el tiempo. Instintivamente, sus manos se aferraron al tridente y se prepararon para defenderse de lo desconocido.

Expectante e inmóvil, con el tridente agarrado enérgicamente con las dos manos, esperaba el ataque de la imaginada tintorera. Al prestar más atención al supuesto enemigo, se dio cuenta de que este no se movía, sino que permanecía inmóvil en el mismo sitio junto a unos débiles remolinos de cieno que habían levantado sus aletas. No se trataba de un pez, pero la primera impresión y el susto le habían provocado ansiedad y desasosiego. Volvió a mirar al oscuro bulto y optó por subir a la superficie, molesto consigo mismo por no haber tenido la suficiente hombría y por haberse asustado de un ridículo bulto de... «¿Qué será eso?», se preguntó.

Ya en la superficie y más calmado, se dispuso a desplazarse unos metros más hacia la Punteta y otra vez le llegaron los recuerdos de lo que había visto en el fondo. «¿Qué será ese bulto?», se volvió a preguntar. Aunque no parecía un pez, le intrigó haber percibido cómo un cardumen de pececillos nadaba a su alrededor. La curiosidad innata de todos los buceadores de apnea le forzaba a comprobar de qué se trataba.

Pulsó el cronómetro y, decidido a descubrir qué era el bulto que había visto en el fondo, bajó otra vez hasta la roca en la que lo había encontrado. Como la vez anterior, pero más calmado y con una mejor visibilidad al estar el sol más alto en el cielo, Tomeu distinguió claramente el bulto que antes lo había asustado tanto y se dispuso a observarlo más detenidamente con la intención de analizar mejor el fardo.

No solía llevar linterna, y en esta situación le habría gustado mucho tener una, ya que, aunque la visibilidad ya era más buena, aún no se distinguía bien el fondo de la cueva, y eso le causaba temor. Se acercó a menos de medio metro del bulto y, quieto encima de la roca, auxiliado por los seis kilos de plomo que lo ayudaban

a mantenerse estático en el fondo del mar, mantuvo su vista en el oscuro bulto que todavía se encontraba medio hundido entre algas y sedimentos.



Cova des Correu Porto Cristo.

Observó una camisa blanca y encima de ella había un alambre que daba dos vueltas a algo que se encontraba debajo. Con el objetivo de comprender el asunto de una vez por todas, estiró el alambre y, aunque un remolino de algas muertas y sedimentos marinos lo aturdieron durante unos segundos, otra vez la impresión le hizo soltar el alambre y, sin volver la vista atrás, dio patadas enérgicas con el fin de retornar a la superficie. No había pasado más de dos minutos en el fondo del mar, un tiempo que le parecía poco, pero lo que había podido observar detrás de la roca le hizo abrir los ojos desorbitadamente y darse un enérgico impulso para volver a la superficie. Sacó casi medio cuerpo fuera del agua de la velocidad en que sus piernas le habían impulsado hacia arriba.

«¿Es real lo que he visto o ha sido una ilusión?», se preguntó cuando se hubo tranquilizado un poco. «¿Me tengo que asustar

por eso?», pensó después de haber cogido una buena bocanada del preciado aire que sus pulmones le solicitaban.

Enfadado otra vez consigo mismo por su cobardía, y sin pulsar el cronómetro, decidió regresar abajo para ver exactamente qué era ese alambre enrollado a una camisa blanca. «¿De qué se tratará?», volvió a preguntarse Tomeu.

El corazón le latía más rápido de lo normal, pero, decidido a comprobar si era real lo que sus ojos habían percibido, volvió a bajar y, quieto otra vez encima de la roca, se volvió a quedar inmóvil encima del montículo. En cuclillas y sin tocar el alambre, Tomeu pudo distinguir más claramente lo que lo había asustado.

Junto a la roca, en el lado oscuro de la cueva, yacía lo que parecía un cuerpo humano. Vestía una camisa blanca, unos pantalones oscuros, y en los pies calzaba unos zapatos con cordones. Al estar llenos de cieno, lama y algas muertas, no pudo precisar el color, pero... ¡¿Y la cabeza?! No vio la cabeza. Tomeu pensó que estaría enterrada entre el cieno y las algas.

¡Ya había tenido suficiente! No quería ver más. Era la primera vez en su vida que hallaba un cadáver en el mar. Aunque era joven, Tomeu pensó que en esa situación el procedimiento era dar cuenta y razón a la Policía de Manacor.

Después de tomar los puntos de referencia en los que había encontrado el cuerpo, y molesto por tener que salir del agua, pero orgulloso de poder contar después a sus amigos lo que había encontrado, abandonó el lugar y se dirigió a la playa, donde se quitó las gafas y las aletas y se volvió a calzar las zapatillas, que seguían entre unos arbustos.

Aún mojado, se encaminó por la calle Bordils hasta llegar al hotel Felip, que a esa hora ya estaba abierto, y pidió al camarero que le dejara hacer una llamada con su teléfono, ya que su móvil no lo podía llevar para la apnea. El camarero, que conocía a Tomeu, le dejó su teléfono sin preguntar. Excitado, marcó el 091. Al instante le preguntaban qué había sucedido.

—¿Cómo se llama usted? ¿Y de dónde nos llama?

—Soy Tomeu Mascaró y vivo en Porto Cristo. Creo que he encontrado un muerto en el mar —dijo Tomeu resuelto.

—Muy bien, Tomeu. ¿Dónde lo ha encontrado y cómo sabe que es un muerto?

—Creo que es un cuerpo. Está ahí, en esa cueva, medio cubierto de algas.

—¿Está seguro? ¿Lo ha visto bien? ¿Qué hacía usted allí?

—Pues estaba buceando. Yo soy buceador, ¿sabe? Y estaba haciendo una inmersión frente a la Cova del Correu. Al bajar, creí haber visto un muerto. Cuando he mirado bien, he visto dos piernas con zapatos. No lo he tocado, pero si usted quiere lo saco yo mismo. ¡Soy buceador!

—¡No toque usted nada! Ahora bajarán a Porto Cristo dos policías y usted les indicará dónde lo ha encontrado. ¿Dónde se encuentra usted?

—Estoy en el Felip, en la terraza.

—¡Muy bien! No se mueva de ese lugar hasta que llegue la policía.

No había pasado ni media hora cuando Tomeu divisó un vehículo de la policía que estaba estacionado frente al hotel. Tomeu se levantó de la silla en la que se había sentado y alzó la mano para hacer señas al policía que había salido del vehículo.

—¿Es usted Tomeu? ¿El que nos ha contactado?

—¡Sí! Soy yo. Yo he sido quien ha encontrado el muerto.

—¡Bien! Acompáñenos y muéstrenos dónde lo ha visto.

—Tenemos que ir hasta el Flamingo, pero, si no se meten en el mar conmigo, no les podré mostrar dónde lo he visto. Está en el fondo del mar.

—Iremos hasta el restaurante Flamingo —dijo el policía que había salido del coche.

Mientras Tomeu bajaba las escaleras del Felip, el chofer consiguió aparcar bien el vehículo y se dispuso caminar hasta el Flamingo junto a Tomeu. Al llegar a las escaleras, Tomeu se dirigió a uno de los policías y le dijo:

—El muerto lo he encontrado frente a la Cova del Correu, y solo lo podrán ver si saben bucear y nadan hasta el lugar. Yo tengo mi equipo, pero ustedes, si no han traído aletas y gafas, no creo que lo encuentren. Está profundo.

Los dos policías se apartaron un poco de Tomeu y decidieron avisar a la comisaría de Manacor para que se coordinase con los del Grupo Especial de Actividades Subacuáticas (GEAS) para el rescate del posible cuerpo en el fondo del mar.

—Tomeu, ¿tiene usted mucho trabajo esta mañana? Pronto llegará un grupo de buzos de la Guardia Civil, y si les puede indicar exactamente dónde se encuentra eso que usted ha visto...

—¡Es un muerto! —contestó Tomeu con seguridad.

—Bien, el muerto... ¿Qué me dice?

—No tengo nada que hacer y yo siempre ayudaré a la Policía. Quiero poder llegar a ingresar en la Policía cuando tenga dieciocho años. ¿Lo van a poner en el periódico? Si quieren, aviso yo al *Manacor Comarcal* y que me hagan una foto.

—¡Ya veremos! De momento, lo que queremos es que no diga nada a nadie. ¿Me ha entendido usted? No sabemos cierto si es un cadáver. Podría tratarse de un maniquí.

—¿Puedo ir un momento a mi casa para avisar a mi madre de que estoy trabajando con la Policía?

—¡Sí! Pero no diga a su madre que ha visto un muerto. ¡No se lo diga a nadie!

Tomeu, enfurruñado por no poder decirles a sus amigos o a su madre que había hallado un muerto, ya que eso daría una imagen de valentía y credibilidad a las múltiples historias que contaba cada vez que salía a pescar o a practicar su apnea, agachó la cabeza y volvió a subir la cuesta por la calle Bordils en dirección a su casa.

La llamada que había hecho la policía a la comisaría había coincidido con el *briefing* matinal diario que el inspector jefe de la comisaría impartía para planificar los trabajos de los distintos departamentos que componían la comisaría.

—Vamos ver, me acaban de comunicar que han hallado un posible cadáver en Porto Cristo. Según dice el informante, se encuentra en el fondo del mar, así que irá un equipo de los GEAS a ver de qué se trata realmente. Cuando los GEAS hayan comprobado que sí que se trata de un cadáver, se desplazarán los de la Científica con el inspector Javier al mando. Molina, acércate tú también. Me parece a mí que este caso no va a ser el de un simple turista ahogado. Cuando tengáis información veraz, quiero que se me informe. Hala, ¡a trabajar!

El inspector Molina, de la Unidad Central de Droga y Crimen Organizado (UDYCO), estaba a punto de jubilarse. Era un hombre alto y delgado y siempre iba bien afeitado, como aprendió en el Centro de Estudios Jurídicos. Aunque fuera sin uniforme, siempre que podía comentaba a los compañeros, porque no lo comprendía, cómo el inspector jefe dejaba que los jóvenes policías parecieran unos zarrapastrosos. ¡Iban sin afeitar! A Molina eso le resultaba una falta de comportamiento. Ser policía no era parecer un andrajoso.

Los GEAS no tardaron mucho en llegar hasta Porto Cristo. Dejaron el vehículo frente al Club Náutico y desamarraron la zódiac que remolcaban junto a la rampa. Por el canal oficial del *walkie-talkie* avisaron a los agentes, que todavía estaban cerca del hotel Felip, de que ya se encontraban en posición y preparados para comenzar la búsqueda del supuesto cuerpo en la Cova del Correu.

En menos de diez minutos, los cuatro miembros de los GEAS tenían la lancha en el agua. Se habían vestido con los trajes de neopreno y tres de ellos llevaban botellas de aire comprimido. Con velocidad moderada navegaron hasta la Cova del Correu, donde, sin pérdida de tiempo y con la información que había dado Tomeu a la policía, comenzaron la búsqueda del supuesto cuerpo humano.

—¿Dónde se ha marchado el chico? —preguntó por el *walkie-talkie* el policía que se había quedado en la barca.

—Nos ha dicho que iba a decirle a su madre que estaba aquí. Espero que llegue.

—Procura que no se acerque por aquí, pero retenedlo por si necesitamos contactar con él. Si se encuentra el cadáver en la cueva, tomadle el teléfono y ya nos pondremos en contacto con él. Tanto mis compañeros como yo conocemos perfectamente esta zona.

—¡A sus órdenes!

No había terminado de hablar cuando un GEAS apareció cerca de la barca y se dirigió al agente del *walkie*.

—¡Lo hemos encontrado! Sí que se trata de un cuerpo humano. Avisa a la comisaría y que se pongan en contacto con el COS. Que envíen a los de la Judicial y también al forense. Nosotros sacaremos el cadáver. ¡Dame el saco fúnebre! Miraremos de introducir el cuerpo dentro. Aún no sabemos el estado en que se encuentra.

El policía bajó con el saco hasta donde los otros dos compañeros lo esperaban, observando detenidamente el cadáver y haciendo fotografías con la cámara acuática. Aunque procuraban no levantar el cieno, a cada movimiento de las aletas al desplazarse unas pequeñas columnas del cieno del fondo enturbiaban el agua e interferían en la buena imagen que ellos necesitaban para la identificación del cadáver.

Mientras tanto, frente al hotel Felip, donde se encontraban los agentes de la Policía, vieron cómo se acercaba, presurosos, Tomeu y un acompañante.

—¡Mirad! Ya está aquí —comentó uno de los agentes cuando vio aparecer a Tomeu con un compañero a su lado.

—¡Este es Mateu! Cuando le he dicho que iba a trabajar con la policía, no se lo ha creído y por eso ha venido conmigo. ¡Le he pedido que no diga nada! Es muy callado.

Los agentes de la Policía se miraron y movieron la cabeza en señal de reprobación. No dijeron nada, pero se les veía molestos con la actitud de Tomeu.

—¡Muy bien, Tomeu! Le agradecemos mucho que nos haya avisado. Si nos da su número de teléfono, lo llamaremos si lo necesitamos. ¿Le parece bien?

—¡Yo soy buceador! Y no me importa acompañarlos. No necesito traje ni nada —contestó Tomeu mientras miraba a su compa-

ñero, que aprobaba sus palabras con movimientos de asentimiento con la cabeza.

—¡Tranquilo! ¿Cuál es su número?

Tomeu, molesto, les dio su número de teléfono.

—¡Gracias, Tomeu! Y le volvemos a decir que no hable de esto con nadie. ¿Lo ha entendido?

—¡Sí, señor! —contestó Tomeu mientras se daba la vuelta insatisfecho.

Aunque la policía le había pedido que no dijera nada, Tomeu se sentía orgulloso de haber sido él el que había encontrado el muerto y soñaba ya con su fotografía en el sitio web del *Manacor Noticias* o del *Manacor Comarcal*.

Unos viandantes que lo conocían se pararon a preguntarle qué pasaba, y él, con cara de misterio, les contestó:

—*Tranquils. No podem dir res. No passa res.*

Una furibunda mirada de uno de los policías le recordó que, si quería salir en la prensa, tendría que cerrar la boca.

—*No puc dir res. Ho tenc prohibit* —volvió a expresar Tomeu.

—¿Y eso por qué? ¿Hay un muerto? —preguntaban unos bañistas inquietos.

Uno de ellos, seguramente el más listo, soltó:

—¡Seguro que están apartando algún tiburón! Esta mañana me ha parecido ver uno cerca del muelle.

En ese instante, unas madres que habían escuchado estas palabras echaron a correr hacia la playa. Como sus retoños nadaban o chapoteaban en el agua, se abalanzaron sobre ellos como si el escualo ya estuviera cerca de ellos.

Viendo el revuelo, Tomeu dijo a los presentes:

—*No puc dir res, però us asseguro que no hi ha cap tauró.*

Dicho esto, y todavía molesto por no haber podido presumir como aliado de la Policía, Tomeu se encaminó hacia su casa, no sin antes contarle todo lo que había pasado a su amigo Mateu, con la condición de que no dijera nada a nadie. Mateu cumplió la promesa comentándolo con las mismas

condiciones a dos amigos más, que a la vez lo contaron a otros tantos vecinos.

Antes del mediodía, y antes de que los GEAS sacaran el cadáver al muelle, Porto Cristo entero ya sabía que una embarcación había matado con las hélices a un hombre en el puerto.

Previamente a la toma de varias fotografías desde distintos ángulos, comenzaron a mover el cadáver con la intención de introducirlo en la bolsa funeraria para poderlo trasladar fácilmente hasta el puerto, donde se suponía que sus compañeros ya los estaban esperando.

Cuando intentaron mover el cadáver, evitando movimientos bruscos para no levantar el cieno, se dieron cuenta, extrañados, de que le faltaba la cabeza. Buscaron por el contorno, pero no la encontraron. También observaron que las dos manos estaban cortadas por las muñecas, que tampoco hallaron junto al cadáver.

A continuación, esperaron unos minutos para que el cieno volviera a depositarse en el fondo, cerraron la bolsa, sacaron más fotografías y volvieron a examinar el terreno de la cueva. No encontraron ninguna pista que les pudiera indicar cómo había llegado el cuerpo a ese lugar ni tampoco hallaron los restos del cuerpo.

Habían introducido el cuerpo en el mar sin retirar el alambre ni la piedra fijada a él con el fin de mantenerlo en el fondo. Asieron la bolsa entre los tres y se dispusieron a subir rápido hacia la superficie. Subieron a la zódiac por la parte contraria a la playa para que no los vieran los numerosos turistas y locales que los observaban, ávidos de saber qué había ocurrido en la tranquila playa de Porto Cristo.

Los tres GEAS, que iban agarrados a la zódiac y sujetaban el cuerpo al costado de la barca pero sin sacarlo del agua, emprendieron la marcha lenta pero continua de los cien metros que los separaban del espigón conocido como el Martell. Una multitud de curiosos con anteojos seguía observando el lugar en el que se habían sumergido, intrigados porque no sabían qué era lo que había pasado realmente.

Costearon el Martell y se dirigieron hacia la rampa del muelle, donde por mediación del COS ya había un nutrido grupo de agentes que esperaban su llegada. Habían venido dos miembros de la Policía judicial con el inspector Molina, el forense y el archiconocido equipo J&J, que estaba formado por el inspector Javier y el subinspector Jorge, dos conocidos miembros de la Brigada Local de la Policía científica en Manacor que eran muy apreciados por sus cualidades como investigadores.

El inspector Javier, de la Policía científica, era un hombre de mediana edad, moreno y con el cabello alborotado. Tenía un cuerpo varonil; estaba delgado pero se le marcaban los músculos. Además, parecía que sus ojos brillantes y expectantes no necesitaban palabras para formular la pregunta relevante en cualquier momento.

Su compañero, el subinspector Jorge, era un hombre de pocas palabras, alto, también moreno y algo fibroso. Engañaba con su fuerte sonrisa, escuchaba y examinaba. Observaba a Javier y esperaba su respuesta para llegar juntos a una rápida conclusión. ¡Eran el equipo J&J! Los dos formaban la pareja perfecta en la comisaría de Manacor.

Previamente a su llegada, los agentes que se habían desplazado hasta allí desde el hotel Felip ya habían acordonado la zona, pues, aunque a esa hora tan temprana todavía no había muchas personas en el muelle, la presencia de la policía y la llegada de la lancha hacían previsible la inmediata presencia de curiosos y periodistas.

Para evitar que esas personas interfirieran en la identificación del cadáver, acordaron llevarlo a la calle de la Vela, un lugar más apartado, para poderle hacer una primera exploración con los GEAS delante y conocer de primera mano las condiciones en las que habían encontrado el cuerpo.

Al dejar el cuerpo en el suelo, un oficial de los GEAS, ya sin el traje de neopreno, abrió la bolsa por completo y todos los presentes miraron fijamente el cuerpo.

—¿Lo sacamos por completo? —solicitó un oficial.

—¡Sí! —contestó Javier—. Es necesario revisarle las heridas antes de que el cuerpo se seque. A ver si encontramos algún detalle

que nos pueda ayudar para su identificación. Sin manos ni cabeza, no tenemos ni huellas ni dentadura que examinar. Únicamente lo podemos identificar a través del ADN si tenemos suerte y está fichado.

Acto seguido, los inspectores Javier y Jorge se agacharon para observar el cadáver con sumo detenimiento.

—¿No hay ningún resto de la cabeza ni de las manos? —preguntó el inspector Javier.

—¡Tenemos fotos del lugar! Aunque al introducir el cadáver en la bolsa se removió el cieno por si había algo enterrado, no hemos hallado nada relevante —contestó uno de los submarinistas.

El cuerpo, carente de cabeza y manos, estaba vestido con un pantalón de color marrón claro, una camisa blanca y unos zapatos cerrados del mismo color que los pantalones. En la cintura llevaba un cinturón también marrón con la hebilla dorada.

Después de sacarlo de la bolsa y de dejarlo en decúbito supino, Jorge, de la Científica, y Pérez, de la Judicial, comenzaron a sacar fotos del cuerpo mientras el resto observaba.

—Se trata de un varón de piel morena, bien vestido y sin señales visibles. Sin cabeza ni manos —dijo Javier dirigiéndose a los presentes.

Cuando hubieron acabado la sesión de fotografías, Javier se puso los guantes de nitrilo y se volvió a agachar para examinar los bolsillos de los pantalones mediante una pinza para saber si llevaba algún documento o alguna nota que pudiera dar información sobre la identidad del cadáver. Como no encontró nada en los bolsillos, con la ayuda de Jorge, que también se había puesto los guantes, dio la vuelta al cuerpo y siguió buscando. Pensó que, sin manos ni cabeza, la identificación no iba a ser fácil.

Javier se dirigió al inspector Molina y le preguntó:

—¿Le desengancho la piedra? Así podría comprobar si tiene alguna marca en el cuerpo.

—¡Vosotros sois de la Científica! Desengánchala. También la llevaremos hasta el depósito. Este no era ningún pordiosero. ¡Y tampoco marinero!

—¿Por qué lo dices? —preguntó el inspector Javier intrigado.

—No hay más que verle los zapatos. Si fuese un hombre de mar, calzaría unas náuticas. Este calzado no es apropiado para estar en un barco.

—¿Y por qué crees que lo han traído en un barco?

—Pues porque los zapatos no tienen roces. Además, estaba atado con un alambre y una piedra y lo encontramos dentro de una cueva, aunque sea poco profunda. Solo puede haber llegado hasta allí mediante una barca neumática pequeña.

El inspector Javier observó atentamente la camisa y, cuando volvió la mirada hacia el teniente de la Guardia Civil, le dijo:

—Yo puedo asegurarles que a este hombre no lo mataron vestido con esta ropa. Esta ropa no es suya. Los pantalones le van demasiado largos. Y algo muy extraño que se sale de la lógica es que no hay ni una simple mancha de sangre en la camisa blanca.

Los presentes confirmaron con la cabeza las palabras del inspector Javier. El inspector Molina se dirigió a los agentes de la Policía y les dijo:

—Os acompañaré a inspeccionar el lugar por encima de la Cova del Correu por si encontramos algún rastro, aunque, en un lugar al que continuamente los jóvenes van a zambullirse, no creo encontremos nada. Si lo hubieran arrojado al mar desde el acantilado, el cadáver no se hubiera encontrado dentro de la cueva, sino en medio del canal, entre la cueva y el Martell, separado de las rocas.

—Jorge, mira esto. Haz algunas fotos del cuello —pidió Javier indicando con un palito un raro tatuaje que divisó difuso en el trozo de cuello que quedaba fijado al tronco.

—¿Qué será este tatuaje? Parecen dos caballos con cabeza de grifo.

—¿Qué opina, doctor? ¿Cuánto tiempo cree que lleva muerto? —preguntó Javier al forense.

El forense se acercó al cadáver y observó de cerca, pero sin tocarlos, el cuello y las muñecas. Cuando hubo terminado su examen, se volvió hacia los presentes y dijo con una voz clara y profesional.

—No puedo saberlo bien hasta que no haga la autopsia, pero por la experiencia vivida en otros cuerpos, aunque no en estas condiciones, puedo casi asegurar que no más de cuarenta y ocho horas. Veo que los muñones no han sido muy mordidos por los cangrejos, las morenas y los pececillos. El cuello tampoco presenta signos de mordeduras, pero sí que os puedo decir con certeza que la persona que lo ha decapitado y le ha cortado las muñecas ha de ser un médico o un hábil carnicero. La separación de la cabeza y las manos está hecha mediante una hoja muy afilada con un hábil corte quirúrgico. Para realizar este corte entre las vértebras dos y tres, sin tocar el hueso, han de ser muy expertos y han de haberlo hecho con tiempo y paciencia, como si se regocijaran con ello. Este hombre ya estaba muerto o con una anestesia muy potente para poder llevar a cabo estos cortes tan precisos. El corte del cuello debe haber producido una enorme cantidad de sangre. Después de hacer la autopsia, en el informe podré daros más información sobre su muerte y la edad aproximada. En estos momentos esto es lo que creo.



Tatuaje.

—¿Qué opináis del tatuaje? —volvió a preguntar Javier a los presentes.

Todos se acercaron y miraron detenidamente el trozo de tatuaje que le quedaba en el cuello, y con un gesto de intriga se quedaron en silencio.

—Yo no había visto nunca un tatuaje así —comentó el inspector Molina.

—Yo tampoco, pero es lo único que tenemos para comenzar la investigación. ¿No os parece? —indicó el inspector Javier.

—¿Qué os parece si lo llamamos el caso Grifo? —comentó Jorge.

—O el caso del Medio Grifo, ya que no se le ve entero —propuso el inspector Molina.

—Yo creo que lo deberíamos llamar, simplemente, el caso Tatuaje —dijo el inspector Javier—, porque creo que todos los presentes aquí estamos de acuerdo en que él mismo no se ha provocado la muerte.

—¡El caso Tatuaje aprobado! Si lo acepta el inspector jefe —comentaron los tres sonriendo.

—Cuando el secretario judicial lo ordene, podemos proceder al levantamiento del cadáver. Como esté mucho tiempo aquí, con este calor vamos a echar a la gente de la playa —comentó en voz alta el inspector Javier.

—¡Sí! Si ya habéis visto lo más importante, y si el forense no tiene nada que objetar, que lo lleven a la cámara. Cuando esté frío, podremos revisar con tranquilidad que ningún detalle se nos haya pasado por alto.

Los GEAS volvieron a introducir el cuerpo, junto con el alambre y la piedra, en la bolsa fúnebre. La ambulancia llegó y lo metieron en ella para trasladarlo a los depósitos de Palma.

El inspector Molina, junto con el oficial Pérez y dos agentes policiales, hizo rumbo a las rocas de encima de la Cova del Correu con la intención de encontrar alguna prueba que les pudiera dar una pequeña pista para la identificación del fallecido. Hasta

estos momentos, lo único que tenían era el trozo de tatuaje en el cuello. Un tatuaje que, debido al agua, el *rigor mortis* y el corte del cuello, no sería nada fácil de identificar. Aunque los presentes en el reconocimiento habían concluido que era un caballo, el teniente Molina no estaba totalmente de acuerdo y seguía dándole vueltas para recordar dónde había visto algo parecido.

